

LA BÚSQUEDA DE NUESTRA IDENTIDAD

Por Eric Tolone

Al principio del Despertar espiritual aprendemos a percibir el silencio que está presente detrás de todo lo que se agita, tanto en el exterior como en el interior del hombre.

Comenzamos a pensar en el silencio eternamente presente, y el pensamiento de ese silencio, que es una evocación, nos encamina hacia la percepción del silencio.

Es entonces cuando realizamos la experiencia interior del silencio del Ser. A partir de ahí, ha sido dado el primer paso: de la creencia hemos pasado al saber. En lo sucesivo nos será imposible dudar, sabremos que el Ser intemporal y silencioso existe. Lo sabemos pues hemos experimentado su presencia. Podemos olvidar esta presencia, dejándonos absorber por los dinamismos de la existencia, pero nada puede privarnos de este conocimiento.

Y, sin embargo, hay una forma más elevada de saber a la que debemos acceder.

En esta forma de saber, ya no se trata simplemente de percibir el silencio del Ser. Debemos comprender por medio de la experiencia intuitiva que nosotros somos el silencio del Ser.

Al igual que para la percepción del silencio, el pensamiento puede ser el vehículo que nos encamine hacia esa experiencia.

Comenzamos pensando: "Yo soy el silencio eterno e infinito del Ser". La conceptualización intensa y la comprensión profunda de esta identificación, nos lleva a gustar el sabor interno de su contenido. Vivimos interiormente esta Verdad, la experimentamos.

¿Cómo se manifiesta esta experiencia? Comienza por una toma de consciencia muy simple: Comprendo, con todas las consecuencias que ello implica, la evidencia siguiente:

Percibo las formas y los colores.

Percibo los sonidos.

Percibo las sensaciones corporales.

Percibo los pensamientos y los sentimientos.

Manteniéndome atento a todo lo que se percibe, comprendo lo que es lógicamente irrefutable. A saber: que yo soy el que percibe ese conjunto de cosas, y que yo no soy ninguna de esas cosas percibidas. Yo soy el sujeto que observa, y no lo que constituye el objeto de mi observación.

Esta evidencia desciende progresivamente a mí y me impregna. Todas las consecuencias de esta evidencia van a ser progresivamente profundizadas por mi percepción interior.

Tal es la forma superior del Despertar a la Transcendencia.

Comprendo que no soy un hombre. Que nunca he nacido y que nunca podré morir. Comprendo que no tengo nada que me ate a este mundo, que no es más que el espectáculo que mi consciencia contempla.

Soy el eterno silencio que contempla al Ser. Soy ese vacío sin fondo fuera del espacio y del tiempo. Yo soy ese indescriptible inefable que permanece inmutable. Yo soy esa suma inconmensurable de tranquilidad inmóvil que nada puede alcanzar. Yo soy Eso que en este instante percibe al hombre y al mundo que le rodea.

Declarar: "Yo no soy un hombre", sorprende a muchos profanos. ¿No es acaso un hombre el que declara eso?, dicen. Cierto, es un hombre el que lo afirma. Pero el hombre es el instrumento que habla en nombre de la consciencia silenciosa y observadora. Y precisamente esta consciencia no es la consciencia de un hombre, como lo querrían los materialistas. Esta consciencia, como nos enseña la reflexión y la experiencia, es la que percibe al hombre. Atribuir al hombre esta consciencia es el error de base que constituye el pecado original que comete, en los primeros años de su vida, todo individuo.

Yo percibo un conjunto de cosas, unas exteriores al hombre y otras interiores a él. Y dentro de estas percepciones, el pensamiento del yo se formula en la mente. Percibirse a uno mismo en el sentido profano es eso: Percibir este pensamiento del yo. Pero si analizamos las cosas, nos damos cuenta de que ese pensamiento del yo no reposa sobre ninguna realidad. Es un simple concepto arbitrariamente introducido en un mundo de fantasmas.

En efecto, en la totalidad de lo que percibo, ¿dónde puedo situar a mi yo?

El profano se toma por un cuerpo o por un psiquismo. Si se toma por un cuerpo, ¿dónde sitúa su yo? ¿En la mano, en el pie, en el sexo, en el cerebro? Basta con reflexionar un poco para comprender que ninguna parte de su cuerpo puede ser la que alberga su yo.

Podemos amputarle este miembro o el otro y la persona seguirá viva. Si le amputo una parte vital el cuerpo dejará de vivir, pero no de existir. Por lo tanto, ninguna parte del cuerpo físico puede ser el habitáculo del yo.

¿Será el yo la totalidad del cuerpo? Es imposible, pues esta totalidad está en continuo cambio y renovación. Nada perdura en este cuerpo. La única cosa que perdura el tiempo que dura la vida es la percepción del cuerpo. Lo que es permanente es lo que percibe el cuerpo, mientras que los elementos que componen la totalidad del cuerpo son impermanentes. La permanencia del yo no puede estar situada en el cuerpo en su conjunto, sino en lo que la percibe.

Si el profano se toma por un psiquismo, preguntémosle en qué sentimiento o en qué pensamiento específico sitúa él su yo. Le es imposible responder, pues los sentimientos y los pensamientos son evanescentes. Así, como con el cuerpo, pero todavía con mayor evidencia, en el psiquismo no hay sitio para el yo. Una sola cosa es permanente, lo que percibe los contenidos del psiquismo.

En cuanto a quien dice “yo” al mirar al hombre, nos damos cuenta de que se trata de un simple pensamiento. El sentido del yo proyectado sobre el cuerpo o el psiquismo no es más que una simple idea, y una idea falsa. No hay yo en el cuerpo. No hay yo en el psiquismo. Cuerpo y psiquismo constituyen categorías diferentes de percepciones impermanentes. Yo soy el que percibe, y el que percibe era engañado por una de sus percepciones. Era engañado por la percepción del pensamiento identificador que dice: “yo soy eso”, cuando el cuerpo o los contenidos del psiquismo son percibidos. Comprendiendo el mecanismo de identificación con el hombre, pongo fin a semejante farsa.

¿Qué es lo que percibe el cuerpo o el psiquismo? No es un cuerpo el que percibe el cuerpo; y no es un pensamiento el que percibe los pensamientos, es una consciencia corporal la que percibe el cuerpo; y es una consciencia mental la que percibe los pensamientos.

Toda cosa es percibida gracias a la existencia de la consciencia. Sin embargo, la consciencia de las percepciones es impermanente, pues es la consciencia no disociada, unida y limitada en la percepción de esto o aquello. Así la consciencia del cuerpo está engendrada por la percepción del cuerpo. La consciencia mental por las percepciones psíquicas, la consciencia humana en su conjunto está engendrada por la suma de las percepciones interiores y exteriores del hombre.

¿Soy yo la consciencia humana?

No, pues la consciencia humana es impermanente. Se interrumpe en los estados de coma, de trance y de sueño profundo.

¿Quién soy yo?

Soy la Consciencia misma. La Consciencia del Ser puro y no la consciencia de tal o cual ser particular. La Consciencia del Ser no manifestado, en su vacuidad informal, independiente de todas las percepciones sonoras, visuales, gustativas, táctiles o mentales.

Mi consciencia no está unida o suscitada por ninguna percepción. Pues yo no soy la consciencia de esto o aquello. Yo no soy la consciencia de un hombre o de un psiquismo. Mi esencia es Consciencia, pura consciencia únicamente.

Sin embargo, es mi consciencia la que percibe todas las categorías de percepciones o de ausencia de percepciones.

Yo soy el testigo que percibe la ausencia del sueño profundo y del coma.

Yo soy el testigo del estado de sueño y del estado de vigilia.

Yo soy el que perdura y lo que contempla todas las percepciones y toda la ausencia de percepciones.

Hay necesariamente un factor común que une los estados de sueño profundo, de sueño y de vigilia. Yo soy ese factor común.

Yo soy eso que no percibe en sueño profundo.

Yo soy eso que percibe en estado de sueño.

Yo soy eso que percibe en estado de vigilia.

Yo soy el silencio del hecho de Ser.

Ese silencio sin fondo, infinito e indescriptible, que percibe o no percibe, pero que en cualquier caso permanece inmutable.

El nacimiento, la muerte, la vida post-mortem, nada de todo eso me afecta. Nada me une a ningún presente, pasado o futuro. Yo soy el testigo de todas las categorías de percepciones. Yo soy lo que percibe el fin de las percepciones. Lo que percibe el olvido de las percepciones. Lo que percibe el comienzo de las percepciones.

No tengo ni vida, ni muerte, ni existencia post-mortem, ni reencarnación, ni transmigración, ni destino, ni karma.

No estoy unido ni a las condiciones de existencia, ni al tiempo, ni al lugar.

Yo soy el eterno inmutable, que percibe la fantasmagoría de las diferentes condiciones de existencia.

Nada necesito.

Nada hago.

En nada participo.

Nada poseo.

Nada puedo perder.

Yo soy lo que es y lo que permanece. Despojado de todo, repleto de silencio y de felicidad. Completo, perfecto, sin cualidad y sin defectos, sin atributos ni características.

Yo soy lo que Es, detrás de lo percibido.

Eric Tolone

<http://iniciacion-advaita-vedanta.blogspot.com>